

Desde la muerte de Balbina, era Faustina la que atendía los partos. Papa Chente se fue enseguida loma arriba a buscarla.

Chinino, enfurecido, volvió a casa dando tales señales de vesania que Leila, convencida de su enajenación, sintió terror. Con todo y eso, como el otro en su furia manifestaba su deseo de matarse humillado por los golpes que le había propinado Vicente Barcia, Leila se levantó del lecho dispuesta a evitar que el padre cogiera la escopeta, pero él logró alcanzar el arma y, luchando con la hija, le dio un gran empujón que la hizo perder el equilibrio y caer de espaldas. Chinino aprovechó ese momento, se introdujo en la boca el cañón mortífero y disparó. Leila, al ver la tragedia, salió dando alaridos, tropezó con las piedras del camino y cayó rebotando. Papa Chente y Faustina que llegaron a tiempo, la ayudaron a entrar y acostarse en la cama. Fue un parto muy difícil. Ladera tuvo que intervenir y, al parecer, hizo el milagro de detener a tiempo la hemorragia.

Ya la detonación y la noticia del trágico suicidio habían rodado de boca en boca por el pueblo. La gente fue llegando a la casa.

En la sala, Felipe trataba de calmar a los curiosos. Él mismo se sentía avergonzado porque había amanecido con los amigos y no estuvo en su casa para evitar el incidente.

Mientras vecinas y vecinos ayudados por Pipe transportaban el muerto a otra recámara y, limpiaban la sangre, Leila dio a luz entre alaridos. Faustina, que esperaba un negrito, quedó muy admirada al darse cuenta de algo que a ella le pareció un enigma, pues lo que había nacido no era ni más ni menos que una niñita definitivamente blanca.

Tomados de sorpresa, los presentes quedaron en suspenso frente a aquella increíble e inusitada novedad.

Conociendo la acrisolada honestidad de Leila, ni Papa Chente ni Ladera querían dar fe del hecho.

Tras las lógicas señales de asombro, se iniciaron las risitas malignas, los comentarios a la chita callando, las indirectas que bajo cuerda llevaban el veneno y la buida suposición de un adulterio.

Remordido por la parranda de la noche anterior, pero con las calderas encendidas por el furor efílico a punto de estallar, Felipe recordó que, nueve meses atrás, al sentirse atrapado en su propia trampa, resolvió rebelarse y

continuó haciendo su vida de soltero, dejando íngnima y sola, durante muchas noches, a la recién casada. ¿Sería posible que ella, por despecho o venganza le hubiera sido infiel? Sofrenándose por dominar sus ímpetus y, hablando con retenida cólera, Felipe pudo decir al fin:

—Sé que en tu estado grave yo no debo ofenderte, pero al menos explícame ¿por qué es rubia esta niña que acabas de parir?

—Sencillamente porque no es hija tuya.

—Lo dices con tan fresco cinismo que si no fuera porque tu abuelo está presente, te entraba a golpes.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—Que no te quepa duda, hija de puta.

Papa Chente levantó su bastón contra Felipe.

Don Plácido Ladera se interpuso entre ambos.

Era una grave situación.

Papa Chente se sentía avergonzado.

—No puedo comprender lo ocurrido, pero creo que ella es inocente. Se que Felipe no ha sido un buen esposo contigo, Leila. Más bien se ha comportado como un extraño. Te tenía abandonada y a tu libre albedrío. Sigo creyendo que esa noche cometí un desatino obligándolo a casarse contigo cuando lo hallé en tu cama y me dijiste que él acababa de violarte. Tan ebrio estaba que, al despertarlo, yo mismo comprendí que Felipe parecía como en babia, pensando en musarañas, y no se había enterado de lo ocurrido. Dime algo. ¿Eres culpable?

—Nadie debe culparme. Quise abortar, pero no pude.

—Lo cual no nos libera de la vergüenza —recalcó Papa Chente.

Leila se echó a llorar como asediada por confusas ideas contradictorias.

—Sí, soy culpable e inocente a la vez. Estoy muy débil porque he perdido mucha sangre, pero es preciso que, aun haciendo un esfuerzo sobrehumano, les confíese lo que ocurrió esa noche.

—No te preocupes y quédate tranquila —dijo Ladera—. Las eclampsias y fiebres puerperales son peligrosas. No me siento capaz de superarlas en caso de que ocurran.

—Déjenla ya tranquila —dijo Faustina—. Salgan todos.

Leila insistió, atacada por accesos de rabia que la convulsionaban, y, hablando entre sollozos insistía:

—Fue Felipe. No fui yo la culpable. Toda la culpa es de él.

—Aquella madrugada, al volver de la ciudad, te hallé sentada con mi escopeta entre tus piernas, sollozando —recordó Papa Chente.

—Cuando te fuiste el día anterior me dijiste que había muchos **marines** en la isla debido a que diversas fragatas yanquis realizaban maniobras en la bahía y me advertiste que tuviera cuidado porque, borrachos, solían violar a las mujeres de la isla. Como esa noche yo iba a quedarme sola, me dijiste que cerrara la puerta con la tranca. Antes de irte, me pusiste en la mano la carabina, que estaba bien cargada con perdigones. Dejé, inquieta, la linterna encendida al acostarme. Como a la media noche sentí voces afuera. Miré a través de una rendija y a la luz de la luna vi a dos **marines** gringos que orinaban al pie del mirto. Uno de ellos, que era muy grande y fuerte, forzó la puerta y, antes de que me diera cuenta, me echó sobre la cama y me violó impunemente. Luego de hacerlo, se fue trastabillando. Creo que perdí el sentido por un instante, pero al recuperarme, no sé por qué motivo no cogí la escopeta sino la lámpara. La puerta había quedado de par en par. Al asomarme vi que el otro **marine** estaba allí al pie del mirto y estaría tan borracho que a lo mejor no pudo levantarse. Me dispuse a acercarme, pero, por falta de costumbre, no recordé la tercerola. Al alumbrar con mi linterna a aquel tipo, me quedé como quien ve visiones. Era Felipe disfrazado de marinero gringo. Había llevado al otro para que me violara y él tener la vía libre sin compromisos con el juez. Dormía roncando. Me fue difícil despertarlo del todo, pero, haciendo un esfuerzo sobrehumano, lo hice andar, ayudándolo, y logré que se acostara en mi cama. Cerré la puerta, colgué en un clavo la linterna, cogí la tercerola, la puse entre mis piernas al sentarme y esperé sin dormir. Toda la noche no hice otra cosa que pensar y pensar imaginando cual sería mi venganza.

—Casi al amanecer volví a casa —continuó Papa Chente—. Hallé a Leila despeinada, sollozando con la escopeta entre las manos. Me informé

que Felipe la había violado. Llamé enseguida a dos testigos y lo obligué a casarse amenazándolo.

—¡Con la ayuda del Ñopo y de Cairote! —rugió Felipe—. Fue una maniobra indigna.

—Fue peor la tuya —dijo Leila—. Trajiste al yanqui para que me violara. No hice otra cosa que vengarme.

—¿Y qué lograste? Me pusieron el yugo, pero no me caparon. No sirvo para buey. Quiero ser libre. Te dejo a tu hija gringa. Vete al carajo y muérete.

Al marcharse Felipe, Leila sufrió un acceso convulsivo. Mordía la almohada y sollozaba.

Petita Cárcamo y Faustina trataron de calmarla.

—Salva a mi nieta, Plácido —suplicó Papa Chente.

—Ya lavamos al muerto y lo vestimos —dijo Mamá Durgel—. Ahora reposa sobre sábanas blancas entre cuatro velones encendidos.

Anocheecía.

Los contornos de la casa del mirto se habían ido animando de enlutadas personas, deudos y amigos, que, tras ver el cadáver, iban formando grupos y comentaban el suceso susurrando a sovoz.

Bajo los árboles, el coro de trisagios y voces se mezclaba al rumor de la quebrada.

## El leviatán llegó a la isla

En la cantina de Ling Chen el aire resulta irrespirable debido al humo y a la transpiración. La atmósfera viciada, sofocante y ruidosa deprime a Alberto Dávila. Se siente débil y con náuseas.

A pesar de su aspecto ensangrentado, aún no ha logrado convencer de su reciente percance a los amigos que allí beben, fuman y alternan en íntimo consorcio. Todos sonrían incrédulos. Se burlan de él. Presienten que al referirles tal patraña lo que el ingenuo sacristán intenta es sabotearles el festivo motín de subversión que en ese instante planean contra la Curia por el hecho de haber dejado a la isla sin párroco nada menos que en la Semana Santa, falta de tacto que todos consideran definitivamente imperdonable. Ese escarnio, ese ultraje nadie iba a consentirlo.

Alberto Dávila insiste. Ha sido víctima y testigo a la vez de algo increíble. Que caiga un rayo y que me ciegue si es falso que he visto con mis ojos a un animal enorme surgido de las olas. Les ruega que recuerden el violento sermón que, disparando anatemas, enfurecido pronunció al despedirse el Reverendo Jesús Medina. Blandía la **Biblia**, mencionaba los nombres de Sodoma y Gomorra y les gritaba arrepíentanse porque puede llegar de un momento a otro **el leviatán** como símbolo de maldad y de vicio.

—Ese es el monstruo que ha venido. Les juro que es verdad. Si no me creen, vayan a verlo. Aún debe estar varado en la ensenada de Sotavento. Les repito que es un dragón marino, apocalíptico. Dios nos envía esta prueba como advertencia por los pecados de la isla. De pura suerte estoy ileso. Me salvé porque supe encomendarme a las ánimas. Me vi rodeado en el infierno por mil diablos que parecían murciélagos. Me puse tan

nervioso que hasta olvidé la jaba de las frutas. Lalo Moyo se devolvió a buscarla. El fue testigo. Ahora que llegue, le pueden preguntar.

La herida de la frente, medio estancada, casi ha dejado de sangrarle, pero le escuece y él debe guiñar los ojos, pues Beto Cárcamo, a punta de soplidos, le pulveriza en ella buchets de guaro como hace con sus gallos de pelea. El rocío etílico, piensa, produce un doble efecto de ardor y de frescura a la vez. También evitará la infección.

La parroquia se había quedado huérfana de cura desde la fecha y hora en que, sorpresivamente, dejó de verse el Reverendo Medina. Fue inútil enviarle memoriales a Su Ilustrísima. Resultaban como la carabina de Ambrosio. Meses van, meses vienen y nada de sotana. La comisión enviada a ese respecto volvió, por fin, con la promesa formal de que al menos durante los días Santos el pueblo contaría con los oficios de un párroco.

El Domingo de Ramos la gente se vistió de punta en blanco. Jubilosos, mujeres, hombres, niños, sonrientes bajo el sol matutino, se dirigieron a la Plaza con buen ánimo de asistir a la misa y no quedarse sin su ración de palmas carismáticas; pero hallaron cerradas las puertas de la iglesia. El anunciado vicario del Señor no había llegado. ¿Lo dejaría la lancha? Paciencia.

Siguieron esperándolo en vano día tras día. Mañana y tarde desembarcaban en las playas de la isla múltiples pasajeros pero ni sombra de tonsura. Nos boyamos, decían los pesimistas. Y la negra Faustina, a quien los niños apodaban de bruja, canturreaba como en el aquelarre, lunes y martes y miércoles, tres. Debe llegar de todos modos, aseguraban algunos optimistas que, lindamente acicalados, giraban por las calles bajo la luna como en espera de un milagro que inútilmente siguieron aguardando hasta la noche del Jueves Santo en la que, ya desilusionados, parecían mustias ánimas en pena paseando por el Valle de Josafat. Hubo noticias de causa imprevista y de un ligero malestar de salud, pero, sin falta alguna, el Viernes Santo saldría la procesión con todo y clérigo. Las muchachas del pueblo, definitivamente eufóricas, prepararon las andas con profusión de flores, velas, adornos y aun fueron minuciosas en los detalles relacionados con cargadores, coros, matracas, centuriones, incienso. Nicodemo, José de Arimatea, la Verónica... Sin embargo, sólo faltó una cosa, pues en la última lancha, repleta de turistas, quien brilló por su ausencia fue el sacerdote, lo cual, en fin de cuentas, era una bofetada que las Damas Católicas ya no pudieron resistir y se dejaron arrebatar por la ira que siempre es mala consejera.

—¡Su Ilustrísima se ha cagado en el pueblo! —dijo María Adelaida.

Quienes la conocían sabían, de sobra que ella, como decía la inoportuna María Palito, ni por la chucha madre era persona de palabrotas, pues hasta los refranes los amputaba diciendo, verbigracia, quien con muchacho se acuesta, cagao, etcétera; pero, señores, Ave María Purísima, cómo sería el berrinche que, ay carajo, de repente le vino a la señora el dolor de ijada.

—Cólico miserere —dijo Faustina—. No la salva ni el Papa.

Don Plácido Ladera diagnosticó, en efecto, apendicitis. Era urgente llevarla a la ciudad para que algún facultativo la operara.

El Ñopo Juan puso a la orden una de sus balandras, pero la enferma según dijo Felipe, ni de a vaina que se quiso embarcar en semejante carcacha. Las lanchas a motor eran más cómodas y mucho más seguras. No quiero aventurarme. Ni que Dios lo permita. Túrbalo, San Jacinto.

—No faltarán, gasolineras —dijo María Dolores—. Como hoy es Viernes Santo, van y vienen.

—Betín, por vida tuya, vete a la finca y me consigues una jaba de frutas. No me embarco sin ese donativo para las monjas de Malambo. Quiero que me encomienden a la Virgen. Ella es la única que me puede auxiliar en este trance. Y espere que el Señor me perdone por la blasfemia que, sin pensarlo, me salió de la boca contra el Prelado.

Alberto Dávila, que era supersticioso, sabía muy bien que en Viernes Santo no es muy prudente encaramarse en un árbol so pena de caerse y apolismarse; pero no quiso parecer hombre funesto ni ser inoportuno contradiciendo a la tía enferma, por lo que, sin chistar, fue a su casa por el gancho y la jaba. Maldita sea la hora en que Malala quiso encarajinarse, pero bien merecido lo tiene por los mil cascotazos que le aguanté de chico. Mejor que se muriera. Que se la lleve el diablo con camándula y todo.

Con los primeros síntomas del parto, su mujer quejábase en la cama mientras Faustina le sobijaba el vientre para ayudarla a bien parir rezando vaya usted a saber qué abracadabras. Betín hizo el intento de escurrirse con la mayor cautela y evitarle un sobresalto a la grávida que, de fijo, se iba a quedar preocupadísima, pero Faustina la alertó dando motivo a una reyerta pues no era justo que él prefiriera despanzurrarse árbol abajo dejando a un hijo huérfano o a una viuda en peligro de fiebre puerperal solamente por un

pueril capricho de tía Lala sólo admisible si las monjitas de Malambo padeciesen de preñez como yo y de repente tuvieran el antojo de comerse un banano. Me gustaría mirarlas con una panza como ésta que yo tengo puja que puja y nada.

Alberto Dávila se fue de todos modos con su jaba y su gancho.

Ningún vecino se atrevió a acompañarlo. De chiripa consiguió a Lalo Moyo despues de muchos ruegos y eso mediante la promesa formal de regalarle una pachita de guaro.

No había mucha abundancia de frutas en la finquita de las tías, pero de todos modos con lo que pudo seleccionar aquí y allá tenía algo más de media jaba que para el caso basta y que no jodan las monjas de Malambo.

Era tan plana esa ensenada de Sotavento, que ni aun cuando la pleamar cubría la playa era posible, navegando por ella, llegar hasta la orilla salvo en pangas. Sólo navíos pequeños de muy poco calado, sin demasiada carga, podían zarpar y eso metiéndose uno al agua a empujarlos hasta una gran distancia. Por eso prefirió no usar el chingo que rejodidamente estaba en seco con cadena y candado. Demasiado pereque. Entre él y Lalo Moyo podrían turnarse para llevar la jaba a cuestras.

Éste le dijo:

—No subas tan arriba. Baja ya y vámonos, que se hace tarde. Ten cuidado, porque puedes caerte. La noche está cercana. No te olvides de que, además, hoy Viernes Santo no hay que tentar al diablo.

—Sólo uno más —repuso él.

Era un enorme mamey que, de pesado, agobiaba el extremo de la rama, un mameyote muy a propósito para desenojar a Milagro. Ya lo tenía enganchado cuando en ese momento sintió un extraño ruido. Miré hacía la bahía y me di cuenta de aquella cosa inmensa que bufaba lanzando un chorro de agua hacia el cielo y produciendo tan infernal estruendo que perdí el equilibrio y apenas tuve tiempo de encomendarme a las ánimas benditas del Purgatorio y aunque hice lo posible por aferrarme al aire me vine de sopetón abajo y acto después del tanganazo vi que, gracias a Dios, un ángel llevaba mi alma al cielo.